

EL MAR INDEMOSTRABLE

CE SANTIAGO

**EL MAR
INDEMOSTRABLE**



Primera edición: marzo, 2020

© del texto: Ce Santiago, 2020

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2020

Ilustración de cubierta: Alejandra Acosta

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S.L.

Camino viejo del cura 144, 1º B, 28055 – MADRID

<http://www.lanavajasuizaeditores.com>

Impresión: Gráficas la Paz

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-120089-5-1

Depósito legal: M-M-4831-2020

IBIC: FA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

ÍNDICE

I	13
II	33
III	53
IV	89
V	107
Agradecimientos	131

«La muerte cotidiana es la muerte
del agua. [...] La pena del agua es infinita»
Bachelard

«Las sirenas, los demonios, el ruido del mar»
Julio de la Rosa

shhh¡¡HHHH!! Ven, ven aquí, y masculla Me cagoen dios.

El puño cerrado, la piel tensada del nudillo del dedo índice por todo el labio inferior, de lado a lado, la restriega luego contra la manga, tras mirarla, y entretanto la lengua por los dientes, los de arriba, los de abajo, y por las encías, varias veces, en círculo, una lombriz que busca la humedad, o el afuera, a lo largo del paladar, por el interior de ambas mejillas, y vuelve e inclina después la cabeza para escupir la captura, redes vacías, morralla descartada, en forma de un salivazo ceroso que corta el aire y va a parar a un charco en el que, girando parsimonioso sobre sí mismo, tal como hacen hasta validarse los pensamientos que, como mallas al arrastre por antiguos caladeros –cartografiados, frequentados, esquilmados–, uno larga en su soledad, navega a la deriva por la superficie turbia y ceniza hasta que vara no lejos del borde, no lejos de una costa de imitación, una costa pretendida, transitoria, como pretendida y transitoria termina siendo la costa que temen avistar quienes se han

entregado para siempre al mar, quienes son para siempre del mar: el mar.

Qué hace que no viene. Se exaspera. Ni se mueve del sitio. Que vengas he dicho. Mira al cielo, los grises distintos, superpuestos, rápidos, un toldo sucio y pandeado que tarde o temprano terminará por rendirse de nuevo al peso de un invierno terco –o de una primavera indecisa–; volvió a llover como había llovido toda la noche y toda la mañana, una lluvia fina pero persistente que trajo olor a pino y a eucalipto y a tierra, que acalló primero a los grillos y luego a los pájaros, que empapó las tejas rojas y las mosquiteras, que anegó las grietas del patio de hormigón, glaseó los parches de hierba de lo que una vez fue un jardín, oscureció el tejado de uralita del cobertizo y la tapia de bloques sin encalar coronada con verdín y trozos de cristales, y acorraló a los perros bajo la impotencia de los aleros.

Brisa. Brisa en los oídos. ¿De poniente? De poniente. Noroeste. Pese a no alcanzar a ver el horizonte. Margen primigenio. Último renglón. Averbal revelación. Hay gaviotas volando bajo, eso sí. Señal suficiente. Trae más agua. Me cagoen dios que vengas he di cho. Va a llover otra vez. Ya verás. Ahora parece que viene. A ver qué. Espera con las piernas separadas, rectas, entre las piernas y el suelo un triángulo de irregular estabilidad por defecto, aunque el defecto parezca estar siempre en el propio suelo, vibrátil y

resbaladizo, movedizo hasta cuando no es sino suelo, como lo es ahora, tierra firme.

Pero el chico, pocos años, arrojando al mundo una sombra acobardada, dedos nerviosos en el interior del bolsillo, la mirada más allá de las punteras embarradas de sus zapatillas de deporte blancas, el oído muy por delante del roce de las suelas de goma en el hormigón, tan solo finge que avanza, amaga, da un rodeo mudo y cabizbajo, deliberadamente oblicuo y tardo en la obligación de abandonar, de abandonar dos veces*, lo que sea que esté haciendo, así por fuera como por dentro, pues ese siseo es un mandamiento, toque de queda para ambos lugares.

Este niño, ca mina como si llevara falda, Caminas como si llevaras falda, dijo. Ponte derecho. Y no arrastres los pies. Joder. Tienes que dar zancadas, dijo, zancadas de hombre, y asido a veces a una regala imaginaria él mismo se puso a dar zancadas largas y briosas de hombre, clavando los talones en una cubierta que sin ser era, a hacer giros tan repentinios como imprevisibles, Con golpes de mar me gustaría verte a ti joder, dijo hiposo, echando al vuelo la otra mano y capeando bandazos a bordo de una nada flotante, haciendo bruscas indicaciones a nadie, gestos airados, esquivando escotillas abiertas de bodegas y cabos enrollados a

* Pessoa: «Faltamos si nos entretuvimos».

chirriantes cabestrantes mentales, atento al giro de los motones y a los cables y a las cadenas que chorreantes presagiaban las redes llenas de vacío, y agachando la cabeza por debajo de algo aparatoso hecho de aire, siempre a zancadas, de un lado a otro, en círculos erráticos pero en su medio, podría haber estado gritando pero no gritaba aunque sí gritaban sus mohines y sus brazos, que comandaban ante la mirada de recelo del chico (de alarma quizás, o de asombro o de bochorno o de lástima o de inquietud o de) una maniobra muy compleja y tan exigente como inexistente hasta que su cuerpo se detuvo en seco salvo su respiración, parpadeando y moviendo los ojos como si la verdad de los objetos que de repente tenía delante –la casa cuadrada, el pino pegado a la puerta, miles de acículas apiladas y otras miles apelmazadas en los charcos, las cáscaras de los piñones que las ratas devoraban durante la noche en las ramas más altas, por todo el patio de hormigón, las arizónicas que lo rodeaban, enfermas y de un verde bilioso, una escoba desgastada con el palo rayado y despinulado y torcido de un golpe a traición en el lomo de uno de los perros apoyada contra la fachada al lado de un recogedor rajado y con grumos, mezclas de resina y polvo– despidiera una luz cegadora y paralizante a la cual tuviera él que hacerse a la fuerza: la anunciación de un mundo tangible al que era ajeno en esencia, alma non

grata, pero no en sustancia, cuerpo entre cuerpos, objeto entre objetos, y al que debía o bien aparentar pertenecer como otra ínfima parte de un todo dado y siempre indómito, o bien despreciar objetos y fogonazos, licuar toda inmanencia hasta volverla marea, oleaje, una irrealdad más soportable por más falseada, acuática, palabra hecha océano para así surcarlo y contemplar la estela que dejara su existencia en el devenir con la misma suficiencia con que, de pie, en el puente, contempla el patrón a la tripulación que faena y acata.

Pero allí no había más agua que la que había traído la lluvia.

Desde el bochorno de aquel estar ahí súbito clavó la mirada en el chico y el chico en él, y permanecieron inmóviles un instante, calculando la distancia que los separaba, ahora mayor, el uno en brazas y el otro en cautela^{*}, uno el turbión y otro el bote a la espera del embate.

Que vengas, dice, mueve hacia sí una mano, proa de la voluntad, como quien cobra un cabo, y el chico carga hasta allí con su obediencia.

Te tengo dicho que no arrastres los pies joder, dice, y después lo lengüetea, lo mastica, Y que des zancadas de hombro, y entretanto levanta la mano y la mantiene en el aire, la vuelve, marejada en el pulso, mostrando el dorso

* Carson: «¿Qué aspecto tienen las distancias?».

de los dedos índice y corazón, juntos y en horizontal, cerrados los demás, unidad de medida que el chico capta a la primera, y al compás de la melodía inaudible que los eucaliptos danzaban lânguidos se da la vuelta y va hacia la casa, ... ncadas de hombre!, persiguiéndole, y con una mano apoyada en el gotelé del umbral frota las suelas de las zapatillas contra la toalla raída y arrebujada y azul que cada vez peor hace de felpudo. Entra al salón. El golpe del calor que despidе la chimenea hace que los ojos se le empañen. Esquiva mal el brazo de la butaca y bien la mesita con los restos todavía tibios del desayuno cuando en la televisión alguien pierde cuanto llevaba ganado. El universo fluorescéntrico de la cocina tan solo parece deshabitado. Con la respiración contenida abre el mueble de encima del fregadero para evitar el olor y la visión del medio cigarrillo encendido, posado en un lateral de la pila de aluminio, junto al estropajo, el humo denso y sinuoso que se derrama hacia el techo. La puerta de atrás está abierta. Oye el sonido como de serrucho del aliento de uno de los perros tras la cortina verde de cuentas. Saca un vaso y cierra el mueble. Después el de debajo del fregadero, la puerta siempre roza con el marco del mueble contiguo. Saca una botella y cierra el mueble. La puerta roza de nuevo. Abre después la nevera, y después el congelador. Hielo en cubitos. Tres. Cierra el congelador.

Dos dedos de *whisky*. Refresco de cola. Cierra la nevera. Vuelve al salón. Vuelve a esquivar la mesita y la butaca. Oye la cisterna al pasar por delante del pasillo, y en la televisión suena un aplauso algo forzado y la persona que ha perdido cuanto llevaba ganado se esfuerza en devolver el aplauso. Sujetando el vaso por los bordes como si el contenido hirviera el chico regresa al patio, donde él lo espera con el brazo ya largado y todo el ansia a sotavento, y le arrebata el vaso de las manos tan pronto lo tiene a su alcance, y la impaciencia hace que derrame parte del líquido sobre los dedos del chico, que se los limpia en los bajos de la camiseta, haciendo como que le pica la espalda y luego que se recoloca los pantalones aprovechando que a él los ojos le bizquean ocupados con un punto muy lejano, mucho más allá del confín circular, libre de augurios, del fondo del vaso .*

De manera que eso era todo. Podía irse. Tenía en el bolsillo un trozo de cuerda, y pensaba fabricarse un arco. Ya tenía la flecha. Una caña seca. La había encontrado bajo las arizónicas mientras buscaba lagartijas para fastidiarlas hasta que se desprendieran del rabo, y fastidiar también al rabo hasta que dejara de retorcerse, separado del cuerpo. Asombroso. Iba a afilar la caña frotándola contra alguna piedra, o contra el hormigón.

* Melville: «Los vasos vacíos y los ojos llenos».

Solo le faltaba un palo para hacer el arco. Sin embargo, los que había encontrado hasta entonces se rompían en cuanto les ataba la cuerda y trataba de tenssssshhhHHH de nuevo que traspasa el aire y traspasa también al chico por la espalda y suena como espuma de ola que se disuelve hasta que se ahoga en la brisa.

Dónde vas, Ven ven a quí, dice, y el chico va de nuevo allí, y pone el codo sobre el hombro del chico y todo su peso sobre el codo por siempre, y a empellones remolca al chico, dando guiñadas hacia la parte de la parcela que no está cubierta ni de hormigón ni de baldosas ocres ni con parches de grama pálida, allá donde el suelo era todavía silvestre, de arena fina y piedras y más acículas y más cáscaras de piñones, suelo en el que crecían plantas rastreras que soltaban unos pinchos redondos parecidos a erizos diminutos que se enredaban en el pelo de los perros y el único modo de arrancarlos era sujetando con fuerza al animal entre las rodillas y con unas tijeras cortar los pelos endurecidos alrededor de los pinchos redondos después de asegurarse bien de que no se trataba en realidad de una garrapata hinchada como una uva en octubre.

Estira el cuello. Mira en derredor. Falta algo.
Sorbo.

Acerca el vaso a la cara del chico y enarca las cejas para darle a entender que lo sujeté y el chico lo sujetá otra vez por el borde, y lo ve

virar, orzar y volver sobre sus pasos, lo ve dejar un charco a babor y, de nuevo en el patio, agarrar el recogedor y quitarle la parte plana de plástico, lo ve tirarla y darle una patada con ese desprecio que mostramos a veces por los objetos por el mero hecho de ser objetos, por pertenecernos, por valer menos que la utilidad que le damos. De modo que se queda solo con el palo y blandiéndolo regresa, seguido de cerca por la curiosidad de uno de los perros que balanceándose olisquea su rastro, y al pasar él junto a uno de los pinos golpea la impasibilidad del tronco y el perro brinca hacia atrás y huye al trote, mirando de reojo y con desconfianza apenada por encima del lomo mojado, encrespado.

El chico contiene el aliento. Nota el frío de los hielos en la yema de los dedos; le retiembla el perineo, y encoge los dedos de los pies dentro de las zapatillas como queriendo clavarlos en la tierra y así echar raíces profundas y exudar savia que se vuelva corteza para que lo endurezca por fuera igual que a ese pino.

Se oye a lo lejos el petardeo de una motocicleta que acelera y después se pierde, una mosca a la oreja.

Como si lo reconociera solo vagamente entrecierra los párpados y mira al chico, al contorno de sus ojos, un instante, y con un gesto de la cabeza le indica que le devuelva el vaso, y el chico se lo devuelve, y entonces da un sorbo

largo, triunfal, de memoria, y recomuesto agarra al chico por la muñeca con la mano con que sujetaba el palo del recogedor y se sorbe la nariz mientras uno a uno pasa revista a los dedos del chico y después se frota un ojo con el pulgar de la otra mano y derrama un poco de bebida sobre su propia camisa abotonada a medias, aunque al parecer no se percata o no le importa.

Tienes manos de niña, o de mari de maricón, dice, con el vaso casi en los labios. Sorbo. Te tienes que mear en las manos, dice, con la bebida a medio tragarse, y le suelta la mano como quien desdeña herramientas de mala calidad, Para que se te endurezcan, joder, dice, y añade Méate en las manos de vez en cuando, para tener manos de hombre, joder, para los callos, y bebe otra vez, Qué callos vas a tener tú, dice, De cascártela a lo mejor, y ríe por lo bajo, la manga por la boca, Mira, yo me las meo todo el rato, ¿ves?, y sostiene vaso y palo con la misma mano y planta la otra delante de la cara inmóvil del chico, una mano leñosa y parda de dedos romos, una parra seca, y la gira, palma dorso palma dorso palma, Son manos de hombre, dice, con palabras burbujeantes, Callos, joder, de bregar, y hace una pausa durante la cual el chico teme que le pida que se orine en las manos ahora mismo y así comprobar que lo hace y ni siquiera tiene ganas de orinar o peor aún que sea él quien lo haga, que se desabotone la bragueta y se saque... pero

en mitad del hipo le dice que use una pelota de tenis.

Usa una pelota de tenis, estrújala, estruja una pel una pelota de tenis, coño, de vez en cuando, ya que pasas de la ra queta usa por lo menos la pelota, y levanta la cabeza coño no me pongas esa cara me cagoen mira míra me, dice, Yo me meo las manos todo el rato, joder, hazme ca so coo ñooo, y sorbe, y el chico toma aire y le dice al suelo que de acuerdo, que lo hará y que lo promete. Piensa en ocultar las manos en los bolsillos, pero cambia de idea. Cierra los puños. Cruza los brazos. Enseguida los descruesa.

Ambos se quedan callados.

Mira al cielo. Otra vez. A la luz albina y displicente. Contrae las mejillas. Aspira ruidosamente por la nariz. Bebe y baja la mirada y se escora hacia el chico y le pega el codo al hombro, y abordado el chico nota su aliento, lo oye respirar, lo oye tragarse, una piedra arrojada a un pozo.

¿Sabías que las borrascas se mueven?, ¿eh?, dijo, Mírame, atiende, no lo sabías a que no, pues vaya si se mueven. Sorbo. Son baaajas presioones, dice, como hastiado, una gota avante toda barbilla abajo, el chico esquiva sin ser visto, ya sabe cómo, el olor de sus palabras.

Con la suela de su mocasín trata de despejar un trozo de la tierra que tiene delante, apartar las acículas y las cáscaras de piñones y demás, alisarla, como una tablilla de arcilla o de cera, a

la vez que con el otro pie y con el codo logra a costa del chico mantener su vaso y a sí mismo en un equilibrio imprudente. Va a dibujar algo. Va a escribir algo. Su letra hiriente y cuneiforme cuando después del almuerzo en vías del sueño, frente al televisor, arrullado por los disparos de un *cowboy* mellado sin afeitar que pretendía hacer bailar a balazos a un camarero con tirantes en un *western* de medio pelo, ahító y quebrado en la butaca con la cabeza colgándose del cuello como si cada párpado pesara una tonelada y el labio inferior haciendo esfuerzos espasmódicos por tocar la punta de la nariz, el chico recogió los platos y los llevó a la cocina y los puso en la pila donde su madre pospuso la tarea y el abandono y se permitió sonreír al chico y luego apagó una colilla debajo de un hilo de agua, y él bajó la vista y esquivó la mesa y el brazo de la butaca de camino a su habitación, a estudiar, las sempiternas matemáticas, Aprieta un huevo contra otro, decía él, La puerta encajada, Nada de puertas cerradas, si bien alerta porque antes de empezar quería rematar el dibujo de un barco entre acantilados brumosos coronados con un castillo que estaba intentando a lápiz en la última hoja cuadriculada del cuaderno de las matemáticas, unos acantilados similares a los de un cartel que amarilleaba por los bordes, Francia o Noruega o Escocia, pegado, algo torcido, con restos de cinta adhesiva al escaparate de una